

driñar las terribles profundidades de la Religion; pero su conciencia no cesó de darle gritos contra su temeridad y contra los espantosos derumbaderos en que por su guía le precipitaba. En una palabra, en Melancton vemos un hombre débil arrastrado por un furioso, de quien no puede separarse aunque le causa horror. Beza, cooperador agradable del adusto Calvino, mostró por sí mismo el título de su mision, escrito en los ojos de la mozueta que le tuvo enredado en sus lazos hasta en su edad decrepita.

¿Qué otras prendas evangélicas tuvieron Carlostadio el beodo, el fraudulento Bucero y el imprudente Hosen ú Osiandro? Carlostadio solo servia para competir con Lutero en un figon, bebiendo á porfia, y diciéndose uno á otro en tono de chanza las mas atroces injurias: Bucero era un apóstata del orden de Santo Domingo y de la reforma de Lutero, hoy luterano, mañana sacramentario, unas veces luterano y zuingliano á un mismo tiempo, otras tan crédulo que su fé era un problema en todos los partidos, y siempre adulador servil, con tal que el amor infame que tenia á una virgen consagrada á Dios, fuese transformado en amor conyugal, y se colocasen en el número de los busos los santos votos, cuya observancia le era tan penosa; y Osiandro, libertino desenfundado, blasfemador insensato, tenia tan poco derecho al apostolado, que el mismo Calvino le declaró comprendido en la clase de los ateos.

Zuinglio, que pasó de repente de la profesion de las armas al estado eclesiástico, en el que no tardó en fastidiarse del celibato, no tuvo otro motivo que esa inestabilidad libertina para tremolar la bandera de la impiedad sacramentaria, ni otro derecho á la enseñanza que una presuncion fundada en el don de elocuencia ó de verbosidad con que le habia dotado abundantemente la naturaleza: ignorante tan absurdo, que unia el luteranismo con el pelagianismo; restaurador tan extravagante de la pureza del Evangelio, que colocaba en el cielo al lado de Jesucristo y de la Reina de las vírgenes, á Hércules, hijo de la adúltera Alemana; á Numa, padre de la idolatría romana; á Escipion, discípulo de Epicuro, al suicida Caton y á otros muchos semejantes adoradores é imitadores de sus viciosas divinidades. Tuvo un cooperador de muy distinto carácter, y de un talento muy á propósito para recomendar una secta. Estaba

dotado OEcolampadio de tan especioso modo de discurrir y de insinuarse, de una elocuencia tan agradable y de una diccion tan pura y amena, que sus escritos, al decir de Erasmo, habrian podido seducir á los mismos escogidos, si hubiera sido posible. Pero OEcolampadio, religioso de insigne piedad antes de su apostasia: OEcolampadio, que sentia en extremo interrumpir sus dulces comunicaciones con Dios, y hablaba despues con tanta uncion que era imposible oírle sin quedar penetrado de sus mismos sentimientos, no fué ya mas que un fraile libertino, luego que llevado de su imprudente y presuntuosa curiosidad dió oídos á las novedades de la reforma, salió del claustro, se rindió á los halagos de una muchacha perdida, y fué el primer reformador apóstata que revistió su sacrilegio con las solemnidades del matrimonio.

Pero no continuaremos en esta enumeracion cuyo hilo puede fácilmente seguir cualquiera. Todos los anabaptistas en general, como tambien sus gefes Storck, Muncero, Juan de Leiden y todos los impíos á quienes se dan los nombres de socinianos, unitarios y anti-trinitarios, se pintaron á sí mismos con los mas vivos colores, en la horrible doctrina que destruye todos los principios de las buenas costumbres y los dogmas fundamentales del cristianismo. Sus obras sirvieron mejor que su doctrina para juzgar de su mision. Pero basta lo que hemos dicho acerca de los autores de la reforma; tratemos ya del objeto que se propusieron, porque á la manera que ciertos reptiles venenosos, aplastados sobre la llaga impregnada de su veneno, son el mas seguro remedio de él, asi la obra de seduccion, descubierta al fiel seducido, le proporcionará el mejor antídoto. En el orden de la gracia, lo mismo que en el de la naturaleza, el Autor de toda bondad se complace en sacar el bien hasta del mismo mal.

¿Qué es lo que Lutero intentó reformar, suprimir ó destruir? O para hablar con mas exactitud, ¿qué es lo que no intentó destruir con pretexto de reforma? ¿Lo creeríamos si no lo hubiésemos visto en sus escritos, en su conducta, en las revoluciones tan desgraciadamente famosas que constan por los monumentos mas fidedignos? ¿Podríamos dar crédito á tantos testimonios irrefragables, si tantos reinos y repúblicas ó confederaciones no nos estuviesen presentando continuamente á la vista

este trastorno? ¿Quién creería ¡justo cielo! que se diese y se recibiese por reforma, por restablecimiento y perfeccion del verdadero cristianismo, y por el mas puro Evangelio, la prostitucion de aquella Iglesia virgen, cuya vida angelical la habia hecho dueña por espacio de mil quinientos años del corazon del divino Esposo? ¿la profanacion del celibato eclesiástico y de los votos sagrados de Religion? ¿el desprecio de los santos Padres y doctores, de los mas célebres concilios, de toda tradicion y de toda enseñanza pública? ¿la abolicion de casi todos los Sacramentos, esto es, de los conductos saludables por donde se nos derivan las gracias del cielo? ¿el desprecio de las imágenes y de las reliquias de los Santos, del Sacrificio adorable de nuestros altares, del orden sagrado del sacerdocio y de todo orden eclesiástico? ¿la degradacion del matrimonio cristiano, abatido á aquella bajeza carnal de que le habia sacado el Dios que solo habita en el hombre que se hace superior á los estímulos de la carne? ¿la supresion de la penitencia sacramental, de todas las obras satisfactorias, y generalmente de toda buena obra de precepto, á lo cual no se sustituia mas que una fé muerta y estéril, ó por mejor decir, quimérica; una fé extravagantemente asegurada que por medio de esa extravagante é imaginaria seguridad, comunicaba una justicia tan inamisible que podia subsistir con todos los delitos? En una palabra, destruir de un golpe la fé y las buenas costumbres, era lo que se llamaba *reforma*.

No contentos Zuinglio y Calvino con lo que habia hecho Lutero, destruyeron todos los Sacramentos sin ninguna escepcion: Zuinglio por sí solo, inutilizando el bautismo con sus dogmas pelagianos acerca del pecado original; y Zuinglio y Calvino juntos, reduciendo la presencia corporal del Salvador en la Eucaristía á la simple figura, ó á una simple percepcion de la fé. ¿Qué idea de Sacramento podia conservar Calvino ni los bandidos sacrilegos formados en su escuela, cuando abrasaban nuestros templos, destrozaban nuestros tabernáculos, hollaban nuestros formidables misterios y destinaban nuestros vasos sagrados á los usos mas viles é indecentes? ¿Habrian cometido semejantes horrores ni merecido por ello los aplausos de sus ministros, si la secta hubiese mirado verdaderamente á la Eucaristía como un Sacramento, como una señal instituida por Jesucristo para

la santificacion de nuestras almas, ó aunque no fuese mas que como una figura, siempre respetable, de su cuerpo y de su sangre? No habláremos de otras impiedades aun mas enormes de los anabaptistas y socinianos, censurados, aunque sin razon, por los protestantes, pues que notorio es que todos estos profanadores han salido de un mismo tronco, toda vez que indudablemente la reforma de Lutero produjo todos estos monstruos de reforma.

Ciertamente que para establecer semejante religion se necesitaban unos medios muy extraordinarios, y el infierno los proporcionó acomodados al gusto depravado y á la situacion crítica de cada nacion, como se vió con toda claridad en Alemania, Inglaterra y Francia. El interés en Alemania, la corrupcion de costumbres en Inglaterra y la ligereza ó el amor de la libertad en Francia, fueron las armas de que se valió la reforma herética. Se principió por abandonar á los príncipes alemanes los bienes eclesiásticos, que eran muy considerables en sus Estados, las hermosas posesiones, los castillos y las fortalezas, las ciudades y soberanías que tenian alli los obispos y varios abades. Los prelados que adoptaban el nuevo evangelio, tomando muger, quedaban propietarios de sus beneficios, y trasmitian á su posteridad los títulos honoríficos y los territorios que disfrutaban. Además de los innumerables obispados que se convirtieron de este modo en herencias profanas, Alberto de Brandemburgo, gran maestre del orden teutónico, se apropió la Prusia, que era de aquellos caballeros, y allanó á los príncipes do su casa el camino para ocupar el trono. Las ciudades imperiales quedaron exentas de la dependencia del gefe del imperio, y los vasallos ordinarios libres de la autoridad de sus señores. A los clérigos, á los frailes y á las monjas que se fastidiaban de la regla y del celibato, y á cuyo fastidio se procuraba escitarlas, se les abrieron las puertas del claustro, se les ofrecieron mugeres ó maridos: el concubinato sacrilego, el incesto y el adulterio espiritual fueron calificados de matrimonio, y al desenfreno se le dió el nombre de libertad evangélica. Al comun de los fieles se les libertaba de la parte mas penosa que tiene la penitencia, no obligándolos mas que á confesar solo con Dios; de la observancia de las fiestas, de la Cuaresma, de todos los ayunos y abstinencias de precep-



to, en unapalabra, de toda práctica onerosa. Con los príncipes que tenían las pasiones exaltadas, y á quienes deseaban atraer á su partido los sectarios, llegó al extremo la adulación, sin que fuesen suficiente barrera que los contuviesen los puntos mas claros é incontestables del derecho divino. Digalo, sino, aquella consulta eternamente famosa, eternamente infame, en que Lutero, Bucero, Melancton y los demás corifeos de la reforma, permitieron la poligamia formal al landgrave de Hesse. ¿Y qué motivo se alegó para conceder esta monstruosa dispensa, que no tenia ni un solo ejemplar entre los cristianos desde el origen del cristianismo? No otro que el temperamento del príncipe, irritado con el vino y con los opiparos banquetes, á donde no permitia la decencia que concurriese la princesa su muger. Pero ¿qué podía exigir Lutero en materia de buenas costumbres y de pudor, cuando estableció generalmente estos cánones infames en su iglesia de Witemberg: « Si la esposa es áspera é intratable, acérquese el marido á la criada: si se resiste Vasthi, sustitúyase la Ester? » A esto se reducía toda la delicadeza de este nuevo moralista en orden al matrimonio, como lo habia manifestado ya relativamente al rey de Inglaterra. Bastará recordar la anécdota revelada por el mismo landgrave al solicitar su dispensa, á saber, que Lutero y Melancton habian aconsejado al rey Enrique VIII que no insistiese en hacer anular su matrimonio con la reina su muger, sino que se casase con otra sin divorciarse de aquella.

Hubo sin duda príncipes y grandes á quienes preservó el cielo de esta seducción grosera. Se emplearon contra ellos las maquinaciones y la violencia, los disturbios, las facciones, las sediciones, la rebelion á cara descubierta, todas las calamidades de la guerra civil prolongada por espacio de dos siglos, y revestida de un carácter de atrocidad desconocido hasta entonces. Por principio de religion se perseguia al soberano legítimo y se despedazaba á la patria. Contra la doctrina y la práctica de los primeros fieles, los cuales solo sabian padecer y morir aun en tiempo de los Nerones y Domicianos, era una máxima de la reforma que los vasallos podian y debian rebelarse luego que el príncipe intentase ó se sospechase que intentaba mezclarse en las cosas de la conciencia. ¿Y cuáles fueron los fru-

tos de esta fatal doctrina en Francia, Alemania, Inglaterra, Holanda, Suiza, Polonia, Hungría y Transilvania? No hay mas que renovar la memoria de los reinados deplorables de los tres hijos de Catalina de Medicis, de la insolencia desenfrenada de Montbrun, de las enormes crueldades del baron de Astrés, de la barbarie de Acier-Crussol que se sonreia al ver á la soliladesca hugonote adormida con colares hechos con orejas de sacerdotes, de los furros de Knox en Escocia, y del monstruo á que se dió el nombre de conde de Murray, de la guerra inhumana de los rústicos de Alemania, del reino infernal de Munster, de la mitad de los belgas y suizos degollados por la otra mitad, y de los crímenes á que se abandonaron con tal exceso los sectarios inmediatos á los turcos, que el sultan Soliman II escribió indignado á la reina de Hungría Isabel, que si continuaba sufriendo aquella secta abominable, y no restituia todos sus derechos á la Religion de sus padres, viviese persuadida de que tendria en él un enemigo declarado, en vez de un protector constante.

El Papa, en el centro del catolicismo, en el seno de Roma, no se vió libre de los atentados de los sectarios. Bien notorio es lo que padeció Clemente VII en el saqueo de aquella capital, tomada por un ejército en que habia de quince á diez y ocho mil sacrilegos, animados por el conde luterano de Fronsberg, nombre tristemente notable aun en el catálogo de aquellas personas funestas, á quienes elige Dios por instrumentos de su ira (1527). Murió Fronsberg antes de haber podido descargar su rabia en el Pontífice; pero por lo mismo sus furiosos sus numerosos agentes afligieron á la desgraciada Roma con saqueo, con muertes, con inauditas crueldades, con incendios, con violaciones y profanaciones tan enormes, que apenas pueden creerse, siendo mas inhumanos que los godos, vándalos y todos los bárbaros juntos.

Lutero, no menos atrevido que los sectarios armados, hizo la guerra á su modo contra la Cabeza de la Iglesia y contra toda la gerarquía. El libelo que escribió contra el estado eclesiástico, fué como una asonada dirigida á exterminar sin remision á todos los obispos. En él decide doctoralmente que los fieles que se valen de sus fuerzas y de sus bienes de fortuna para asolar los obispados, las abadías,

los monasterios y acabar con el ministerio episcopal, son los verdaderos hijos de Dios; y que al contrario, los que los defienden son ministros de Satanás. Todavía se ultrajaba mas al Gefe del episcopado y de toda la Iglesia. Como el nombre de Anticristo, que desde la boca del herejarca habia pasado á la de todos los herejes, no era ya bastante para exhalar su odio contra el romano Pontífice, substituyó á los términos *caelestissimus* y *sanctissimus* (que son de estilo para significar la elevacion de la dignidad pontificia) los de *scelestissimus* y *satanissimus*, esto es, perversísimo y muy diabólico. Los nombres de diablo, asno, puerco, repetidos á cada paso, eran las figuras que brillaban en las filípicas de aquel nuevo Demóstenes, ó por mejor decir, en los juegos cínicos de aquel titiritero que tanto se complacia con la aprobacion y con la risa desordenada del populacho.

Al contrario, ¿cuál fué la conducta de la Iglesia tan cruelmente ultrajada? No hay cosa mas á propósito para darnos á conocer la mano que la sostiene y gobierna, que su modo de proceder igual, siempre noble y magestuoso, en medio de tantas injurias, capaces de hacer que se olvidase de su propia dignidad. Citó tranquilamente ante su tribunal al herejarca; y Lutero respondió que compareciera en él con veinticinco mil hombres armados en defensa suya. La Iglesia le hizo con gran serenidad las moniciones canónicas, las multiplicó, prorogó su término, usó de dulzura y longanimidad en cuanto podia permitirlo la prudencia: decidió por último, y limitó su rigor á cortar del cuerpo místico de Jesucristo aquel miembro gangrenado (1521). Únicamente opone la espada de la palabra al furor sedicioso, al frenesí, á la rabia del seductor anatematizado y á los progresos y triunfos de la seducción. El sucesor de Pedro atiende con particular esmero á confirmar en la fé á sus hermanos y á todos sus cooperadores; redobla su vigilancia y solicitud en toda la estension de la casa de Dios, y reanima el espíritu de fé y de celo en el santuario, en los conventos y en todas las escuelas cristianas. Las universidades, á ejemplo de los obispos, suscriben á la decision apostólica, y declaran que cualquiera que contravenga á ella será desterrado de su seno. Doctores celosos, sabios misioneros se esparcen por todos los países, y aun por los domi-

nios en que está entronizado el error: confunden á los predicantes, convierten á algunos de ellos, y conservan ó reducen al centro de la unidad á los pueblos vacilantes, y hecha que fué la separacion se cortó irremisiblemente de la sociedad de los fieles á todos los obstinados é incorregibles.

Algunos prelados de los mas condecorados, como los condes de Weiden y Truchses, arzobispos electores de Colonia, las iglesias de la mayor parte de las ciudades imperiales, los electorados de Sajonia, de Brandemburgo, del Palatinado y otras muchas soberanias de Alemania, la mitad de la Suiza y los Estados generales de Holanda, los reinos de Inglaterra, Suecia y Dinamarca, todo esto quedó separado de la Iglesia, sin ningun respeto al daño que causaba esta inmensa separacion. Corresponde al Pastor eterno señalar las ovejas que ha recogido, y á su Vicario apacentarlas y dirigir las despues de haber sido incorporadas al rebaño. La Iglesia, conservadora y no árbitra del sagrado depósito, no suscribió á alteracion, modificacion ni composicion alguna. Fué necesario recibirle todo entero ó quedar absolutamente escludido del redil; y aun en los puntos que no son mas que de derecho eclesiástico, se mostró la Iglesia inflexible, cuando creyó que la condescendencia podia parecer favorable á la licencia. Así hemos visto que se negó constantemente á conceder el matrimonio de los eclesiásticos, á pesar de las continuas é importunas súplicas de príncipes y emperadores; y así despues de todos los atentados del luteranismo y de cuantas heregias salieron de él, hemos hallado y hallamos todavía en la comunión católica, no solo la fé que en ella jamás ha padecido variacion alguna, sino tambien todas las prácticas antiguas y universales. Tales son así antes como despues de Lutero el agua bendita y todas nuestras bendiciones acostumbradas, la señal de la cruz, el uso de las velas encendidas y del incienso, los vasos y ornamentos sagrados, el orden de los divinos officios, la magestad de nuestras ceremonias, y generalmente todos los ritos esenciales de nuestras liturgias antiguas. Por consecuencia, encontró la Iglesia en sí misma ó en la proteccion de Dios los poderosos recursos que la han sostenido contra los ataques de tantos ministros del infierno, desencadenados á un mismo tiempo contra ella en los últimos siglos.



Sin embargo, alargaron los príncipes la mano para que no cayese el arca vacilante, y parecía que iban á sostenerla; pero como traspasaban los límites en que deben contenerse las potestades terrenas, no podían menos de precipitarla. Acordémonos de lo que pasó con Carlos V, aunque era tan católico...; recuérdese lo que sucedió en Francia, durante el deplorable gobierno de la madre de los tres Valois; recuérdese por un momento el fondo del sistema político de la ambiciosa Médicis; ella quería reinar á nombre de los débiles reyes hijos suyos; hé ahí lo único que en ella hubo fijo y sagrado. Hugonotes ó católicos, la misa ó la prédica; para ella, según se asegura haberlo dicho ella misma, le era indiferente triunfase un partido ú otro con tal que no la quitase el mando que era su único ídolo. Sabido es también que por no subordinarle á sus caprichos, impidió con todas sus fuerzas que uno de los dos partidos llegase á tomar ascendiente sobre el otro, y trabajó constantemente en tenerlos equilibrados. Desde entonces, declarada unas veces por los Guisas ó los católicos, otras por los Coligny ó los religionarios, jamás permitió que se aprovechase la ocasión decisiva que muchas veces se presentó para esterminar el error. Hubo en fin un momento en que viendo se le iba á escapar el segundo de los reyes hijo suyo, y á poner su confianza en el jefe de los calvinistas, no obstante que habían jurado el esterminio de su persona y de su trono, creyóse autorizada á prevenir de una manera sangrienta su regicidio, y llevó á cabo esta ejecución que quizá no fué menos perjudicial á la Religión que á la Francia por el odio desde entonces invencible que contra una y otra inspiró á los religionarios que se habían librado de la muerte. ¿Renovaremos además la memoria de la carta verdaderamente impía, que por consejo de Montluc, obispo calvinista de Valencia del Delfinado, escribió Catalina de Médicis al Papa, para que mandase quitar de las iglesias las santas imágenes, para que aboliese la fiesta del Santísimo Sacramento, y para que dispusiese que la Eucaristía se administrase, como en Ginebra, después de la confesión de los pecados en general? Pero ¿qué necesidad hay de ello para convencerse de que la corte, durante esos tristes reinados, lejos de sostener á la Iglesia, solo sirvió para hacerla sufrir mas fuertes sacudimientos?

El Ser supremo y soberano Señor, celoso del tributo de gloria que quiere para sí solo, era el que debía hacer de un modo no esperado la grande y gloriosa obra del restablecimiento de la Iglesia. En el momento decretado en sus consejos eternos, derramó su espíritu sobre toda carne, hizo que profetizasen los hijos y las hijas de Israel; suscitó un gran número de pastores, como los da á su pueblo cuando quiere colmarle con la plenitud de sus misericordias, esto es, un Santo Tomás de Villanueva, un Bartolomé de los Mártires, un San Carlos Borromeo, un San Francisco de Sales: colocó en el trono apostólico á San Pio V: suscitó patriarcas y apóstoles en ambos sexos, de lo que son buena prueba San Ignacio de Loyola, San Cayetano de Tiene, San Felipe Neri, San Vicente de Paul, San Pedro de Alcántara, San Juan de la Cruz, Santa Teresa de Jesus, Angela de Brescia, Francisca de Chantal y otros muchos hombres y mugeres de ánimo esforzado, cuyos trabajos, ejemplos y discípulos hicieron que en pocos años reflorecesen las buenas costumbres y el fervor en las personas de todas clases y condiciones.

Pero aun después de haber reparado las brechas de la Iglesia ó de su disciplina, las deserciones ó pérdidas locales, que habia padecido, dejaban todavía en su seno ó en sus antiguas posesiones un vacío inmenso. Desde su origen no hubo jamás heregia alguna, sin exceptuar el enorme arrianismo, que la privase de tantos fieles y de tantas provincias; pero tampoco la habia abierto jamás el cielo un campo tan dilatado para sus conquistas y triunfos. Llegaron los tiempos señalados en las profecías, tiempos en que unos hombres que no tenían mas que la figura de tales, y á quienes confundían los profetas con los osos y los leopardos, habían de obedecer al cayado con la docilidad de los corderos. Conmovió Dios al cielo y la tierra para que los países mas remotos y desconocidos se acercasen unos á otros, é inspiró nueva actividad al espíritu del hombre y nueva energía á su valor. Entonces puntualmente, como ya hemos observado, el inmortal Colon comprendió que el sol debía alumbrar en la mitad de su carrera á unos seres mas dignos que los monstruos del Océano, y se arrojó intrépido á surcar mares sin término y sin nombre (1491). Aclárase segunda

vez el caos, y se presenta en la escena del mundo como un nuevo orden de criaturas. Reina una emulación general que hace arrostrar las tempestades y los escollos: felizmente doblado el cabo formidable de las Tormentas, toma el dulce nombre de Esperanza, y las dos Indias se hacen tan familiares á los europeos como su propio país (1497). Llevados algunos del espíritu de conquista y de codicia, no hay duda que cometieron muchos excesos y maldades, y que por cierto tiempo la tierra del oro debió llamarse tierra de sangre y de lágrimas; que el cielo pone á elevado precio sus insignes gracias á fin de inspirar de ellas aquella estima que nos haga recoger todo su fruto.

No llevó el cielo á aquellos países unos hombres mas viciosos ó á lo menos mas culpables que los que no conocían el valor del oro y la plata, para que saciasen su avaricia con la abundancia de estos metales, sino para hacerlos participantes de los tesoros que nore la polilla, y de la sólida felicidad que no tiene medida ni fin. No tardó su clemencia en hacer que sucediese el favor á la prueba, y la libertad de los hijos de Dios á las cadenas de la tiranía. Unos conquistadores de nuevo orden, sedientos únicamente de la salvacion de las almas, surcaron también la inmensidad del Océano, penetraron en las tierras ardientes del Brasil, en las selvas heladas del Canadá, en el centro del África, que se miraba como inhabitable, pasaron á los continentes, penínsulas é islas innumerables comprendidas bajo el nombre de India, hasta las riberas casi fabulosas donde nace la aurora; y la rapidez de sus conquistas fué igual á la de sus viages. No son mas que una parte de ellas cincuenta reinos ó principados adquiridos en diez años para Jesucristo por el apóstol de las Indias y del Japon. ¿Qué aumento de gloria para la Iglesia el carácter de las conversiones y de las virtudes de los nuevos súbditos que prestaban obediencia á sus leyes! Con admiracion lo hemos visto en la constancia casi increíble de un millon y doscientos mil japones, durante la persecucion mas cruel, capciosa, larga y continua de que hay noticia, sin exceptuar las de los primeros siglos. Mientras el santo discípulo de Ignacio estendia así el imperio de la Iglesia en Oriente, hacia tan rápidos progresos San Luis Beltrán en la nueva Granada, en Tierra-firme y en el

inmenso continente de la América meridional, que bautizaba en un solo dia mil, mil y doscientos y aun mil y quinientos idólatras. A ejemplo de estos verdaderos Apóstoles, sostenían y adelantaban una infinidad de misioneros la obra tan felizmente empezada, y por último, dejaron pocos países donde la cruz no fuese levantada en triunfo sobre las ruinas de la idolatría, y donde por lo menos no pudiese servir de señal ó de faro á los pueblos idólatras.

¿Qué no podríamos decir de las misiones de Turquía, esto es, de la Grecia, de la Siria, de la Armenia, de Egipto y de todos los reinos ó imperios comprendidos bajo el nombre de imperio Otomano? Se habia comunicado á la Iglesia el espíritu de celo y de restauracion con una abundancia igual á sus pérdidas y reveses; y lo que no habia intentado en los tiempos mas serenos, lo emprendió con feliz éxito en medio de las tempestades mas violentas. Mientras que una de sus mejores porciones estaba amenazada de su total ruina en el infeliz reinado del último de los Valois, salieron de Francia muchos apóstoles que dieron principio á las vastas misiones de Levante, las cuales, bajo los auspicios de un emperador mahometano, ó á lo menos con su anuencia, contribuyeron á la reunion sincera de los cismáticos de Grecia, mas que todo el celo aparente ó verdadero de los emperadores griegos. Basta este solo rasgo para que conozcamos el cuidado de la divina Providencia, no solo en sostener la Iglesia, sino también en reparar con ventaja sus pérdidas.

Aun no bastaba esto para la gloria de su adorable Fundador. Al que todo lo crió de la nada, correspondia sacar el bien del mal, y esprimir del veneno mismo el antidoto. Así, pues, por medio de los mismos excesos del cisma y de la heregia, ó á lo menos con ocasion de ellos, adquirió casi de repente la esposa del Rey inmortal de los siglos una fuerza y un esplendor, tal vez poco diferentes de las gracias de su primera edad.

Como habia un enjambre de novadores y censores injuriosos que no cesaban de hablar de reforma y de sublevar á los fieles contra su propia Madre, de la cual decían que estaba enteramente corrompida en la Cabeza y en los miembros, este enorme escándalo reanimó el celo en el corazón de los obispos y de los Sumos Pontífices, quienes se dedicaron sabiamente á